

CIUDAD Y LITERATURA

Lorenzo López Trigal (Moderador)

El tema que vamos a tratar interesa seguramente a muchas aproximaciones de todo tipo, las geográficas entre ellas. Es por ello, que en la mesa se ha invitado a participar un triángulo de posiciones que incide de modo directo en la cuestión, un escritor, en el centro de ella, un filólogo y un geógrafo.

En este caso quisiera decir que junto a la literatura y a la crítica literaria ofrece, seguramente, una nueva visión la geografía. Desde este punto de vista, vengo a citar a continuación a dos colegas: “los geógrafos gustamos mucho de citas literarias, aunque a menudo como decoración, pero si lo hiciéramos de forma menos distraída podríamos encontrar en muchos textos la materia para ejercer nuestros talentos disciplinarios particulares y explorar pistas aún poco frecuentadas”. Esto lo ha dicho François Guichard, geógrafo de Burdeos. O, asimismo, ha escrito Carlos Carreras Verdaguer que “las descripciones e interpretaciones literarias constituyen un elemento importante en la explicación de la realidad territorial y permiten avanzar en su comprensión. El trabajo con fuentes literarias supone una magnífica preparación al viaje que significa un primer nivel de trabajo de campo para todo geógrafo”.

Y quisiera continuar con nuevas citas. Una primera, de Orlando Ribeiro, que en 1971 hace en varios artículos de revistas una lectura geográfica de *Os Lusíadas* de Camoes. Es la primera vez que en la geografía ibérica, creo recordar, se hace realmente una lectura geográfica de un texto clásico. Otra, la de un colega español fallecido prematuramente, Alberto Quintana Peñuela, quien en 1978 en un volumen, muy poco conocido, *Literatura y Ciencias Sociales*, escribiera sobre la novela “Últimas tardes con Teresa”, que el mismo Carlos Carreras, que he citado antes, vuelve a visitar esta misma novela en “La ciudad de Barcelona en las novelas de Juan Marsé”, en 1985.

En fin, he querido dejar para el final de la presentación, el mejor ensayo que conozco de un geógrafo que a la vez es escritor: un geógrafo francés, Louis Poirier, con un seudónimo muy conocido en Francia y creo que muy poco conocido entre nosotros, el de Julien Gracq, quien tiene una gran actividad literaria – fue Premio Gon-

court en 1951 – y a la vez es un geógrafo en activo, hasta hace unos años que se ha jubilado. Me refiero aquí a su obra titulada *La forma de una ciudad*, traducida al castellano en 1995, por la editorial de Mario Muchnick, que invito a todos a conocer, donde difícilmente, y además escrito por un geógrafo, se puede decir tanto en cien páginas sobre una ciudad percibida en el pasado, como fuera para Julien Gracq el Nantes que él viviera de los años 20 y 30 y que en su escritura penetra la sensibilidad por el espacio y el paisaje urbano.

Bien, con todo esto es hora de pasar a la intervención de las tres personas de la Mesa.

José María Balcells Domenech, quien va a hablar en primer término, es Catedrático de Literatura de la Universidad de León, muy activo en la preparación de congresos, seminarios, presentaciones de escritores -como no podía ser menos- pero particularmente de algunos escritores leoneses. En este momento tiene un proyecto sobre Leopoldo Panero.

José María Balcells

Voy a referirme a continuación a la ciudad y la poesía española en el siglo XX.

A comienzos del siglo veinte, en las sociedades occidentales fue arraigando la creencia de que la ciudad constituía el epicentro de la vida moderna, y por ende los poetas se valieron a menudo del pretexto urbano, aunque desde perspectivas en ocasiones muy contrapuestas. Entre los modernistas podemos advertir la decantación hacia el ángulo marginal de la ciudad, más exactamente en sus zonas arrabaleras, donde se entremezclan los escritores bohemios, los individuos anarcoides y los prostíbulos.

Pero otros poetas del Modernismo mostraron vías bien distintas de relación con la urbe. A Joan Maragall, por ejemplo, le debemos una “Oda a Barcelona” en la que plasma su ambivalente ánimo ante una urbe a la que vitupera por pecadora, pero ante cuyo encanto confiesa que no puede resistirse. El texto maragalliano fue el segundo eslabón de la serie de odas a la Ciudad Condal que había iniciado Jacint Verdaguer y que en 1936 continuó con un poema *ad hoc* de Joan Oliver, “Pere Quart”. A diferencia del ensalzamiento verdagueriano de las glorias pasadas de la capital catalana, el autor sabadellense se encaraba con la urbe para invitarla a discrepar de la historia, y a rehacerla desde una posición nacionalista y revolucionaria.

Un poeta vinculado al 27 como Juan Larrea no titubeó en cantar a la ciudad contemporánea, al igual que el escritor mexicano Juan José Tablada. Vicente Aleixandre cantó también la ciudad, su ciudad materna, mitificándola superlativamente al calificarla como “Ciudad de Paraíso”. A su vez Luis Cernuda, en las prosas poéticas de *Ocnos* (1942), transmitió la magia y el hechizo de su Sevilla natal sin acudir a tópicos románticos. Sin nombrarla, la cuna del escritor está presente en sus evocaciones líricas.

Otros importantes autores coetáneos, por el contrario, contemplaron con tintes negativos, o hasta muy negativos, a las urbes más hodiernas, principalmente las más mastodónticas. En *Marinero en tierra* (1924), Rafael Alberti hizo emerger un tan original como temprano “grito desgarrado contra la ciudad” –así lo califica Luis García Montero- que no obsta para que el yo lírico declarase, en esa misma obra, su bipolarizada escisión entre los perimundos campestre y urbano. Cinco años más tarde, en *Poeta en Nueva York* dejó constancia lírica García Lorca, a través de la expresión surrealista, del profundo repudio que le causaron tantos aspectos deplorables de la metrópoli más emblemática del Estado de New York, exponente a su juicio de un tipo de civilización materializada y cercenadora de valores espirituales.

No iba a tardar Alberti en inspirarse en ese mismo escenario en algunos poemas de su libro de 1936 *13 bandas y 48 estrellas*, incidiendo en una visión negativa de la Gran Manzana que, en su caso, estaba mediatizada por la constatación de la hegemonía político-financiera de Wall Street, así como por su gravitación militar y económica sobre todo el continente americano, y aun sobre diversas latitudes del planeta.

Otras perspectivas urbanas bien diferenciadas motivaron la poesía de Alberti en décadas posteriores. En 1951 editó el gaditano *Buenos Aires en tinta china*, con prólogo de Jorge Luis Borges. La obra se subtitula “Poema para un libro de dibujos”, libro cuyo autor era Atilio Rossi. En ese conjunto poético se integran diversos textos que pretenden recrear el paisaje urbano bonaerense, y con grados distintos de realismo. Estructurada esta publicación a tenor de las zonas de la urbe que se poetizan, el cauce métrico primordial es el alejandrino, en consonancia con el amplio panorama que brinda la más importante de las ciudades del Plata. En 1953, el poeta publica *Ora marítima*, versos que se compusieron para conmemorar el tercer milenario de Cádiz, y que se conforman como una recreación de los orígenes míticos gaditanos.

El editor mexicano Joaquín Mortiz le publicó a Alberti, en 1968, *Roma, peligro para caminantes*, donde el escritor no celebra la Roma de los monumentos, una Roma que parece desdeñar, sino la Roma de los detalles pintorescos, la Roma de la vida cotidiana popular, la del intenso y caótico tráfico, la de las basuras, los ruidos, las meadas, los callejones sórdidos, etc.

Vinculado al 27 por determinadas vertientes de su creación poética, Miguel Hernández plasmó la temática de la ciudad en varias etapas de su itinerario lírico, y con motivaciones disímiles que van desde el canto celebratorio de raigambre clásica en algunos de sus textos iniciales, hasta la visión destrozada de Sevilla en *Viento del pueblo* (1936-1937), o la exaltación de la laboriosa urbe comunista en “La fábrica ciudad”, de *El hombre acecha* (1937-1938). Con todo, una de las composiciones más representativas del asunto urbano en su obra es el “Silbo de afirmación en la aldea”, cuyo título resulta bien expresivo del rechazo de la ciudad por el hablante poemático, quien al propio tiempo decide optar por la vida pueblerina. Causas del desafecto frente a la urbe que se desprenden del poema son, principalmente, el modo de vida superficial y moralmente licencioso que se alberga en la gran ciudad, así como la sensación

de empequeñecimiento del hombre que en ella se experimenta, amén del a veces manifiesto menosprecio de la naturaleza a favor del asfalto y del maquinismo.

Coetáneos de Miguel Hernández, otros poetas de la llamada, para algunos impropriamente, “generación de 1936”, elaboraron versos expresivos de hondos y entrañables ligámenes con las ciudades natales, así el “Soneto a Cuenca” de Federico Muelas, o el dedicado a la capital maragata –“Visión de Astorga”- por Leopoldo Panero.

El tema de la ciudad fue cultivado asimismo por significados poetas de posguerra, algunos de cuyos autores se promocionaron en décadas diversas. Entre ellos, citaremos aquí a Rafael Morales, José María Fonollosa, José Hierro, Antonio Pereira, etc.

Aunque el pretexto urbano aparece con cierta asiduidad en la obra de Rafael Morales, sin duda el conjunto más representativo de su específica poética de la ciudad fue *Canción sobre el asfalto* (1954), donde se vuelca un hondo afecto lírico sobre los objetos arrumbados que otrora lucían su función utilitaria, y más tarde acabaron en el oscuro olvido de los materiales de desecho. El autor toledano ha cultivado asimismo la faceta sentimental de la *laudatio* a la urbe nativa en el poema “Talavera”, de *Entre tantos adioses* (1993).

Un supuesto atípico en las letras españolas contemporáneas ha sido el de José María Fonollosa, que inició en 1948 la elaboración de una copiosa gama de textos poéticos inspirados en la ciudad como ámbito del nihilismo, del amor, de la muerte y de la música de jazz. La mayoría de las composiciones de referencia se fechan a partir de 1951, año en el que el escritor se instala en Cuba. Dos conjuntos de versos parejos, y de expresivo título, *Ciudad del hombre: New York*, y *Ciudad del hombre: Barcelona*, aparecidos respectivamente en 1987 y en 1996, atestiguan una angustiosa cotidianidad expresada desde un lírico realismo ciudadano.

La ciudad es un referente importante en la obra de José Hierro, pero el poeta madrileño aún iba a potenciar la presencia urbana en sus versos merced a la elaboración de *Cuaderno de Nueva York*, aparecido en 1998. El título de este conjunto guarda cierta semejanza con el lorquiano *Poeta en Nueva York*, pero se dan escasísimas similitudes entre ambos libros. Si bien algunos de los textos de esta publicación de Hierro fueron elaborados en Manhattan, y por ende aparecen en ellos, a veces, referencias a ese singularísimo espacio, dicho enclave neoyorkino atestado de gentes tan diversas es sentido y plasmado por el poeta como soledad.

Una porción muy significativa de textos de la índole que nos ocupa fue recogida por el villafranquino Antonio Pereira en su conjunto de 1994 *Poemas de ciudades*. Los entornos urbanos objeto de la inspiración pereiriana los ilustran ahí urbes extranjeras y ciudades leonesas, pero hallamos igualmente composiciones que no las motivaron urbes determinadas, así los versos de “Ciudades sucesivas”, líneas en las que el poeta, sin dejar de transmitirnos su preferencia por el campo y los caminos, ha dado testimonio de su aprecio por las ciudades, a vueltas del que le merecen aquellos de sus habitantes a los que se siente unido sentimentalmente.

En los poetas de la “Segunda promoción de posguerra”, denominados más propiamente promoción de los cincuenta, la ciudad no se limita a ser un mero asunto literario, sino que se erige en un auténtico mito para algunos de los autores prototípicos de mediados del siglo. Varios líricos barceloneses tuvieron mucho que ver en la pujanza cobrada por la urbe en la poesía de entonces. Repárese, por ejemplo, en que la revista inicialmente aglutinadora del grupo de jóvenes poetas de la Ciudad Condal llevaba el ilustrativo título de *Laye*, título que hace referencia al hecho de que así se llamaba el pueblo y la ciudad establecidos entre los ríos Llobregat y Tordera en época prerromana, y por ende los futuros habitantes y el medio urbano al que los romanos dieron el nombre de Barcino.

Y por si el indicio pro-urbano acabado de citar no fuese bastante, las titulaciones de determinados poemarios nos confirman igualmente que el tema cívico fue emblemático para no pocos creadores del momento. El barcelonés Jaime Ferrán publicó en 1952 *Ciutat i figures*, y un par de años más tarde *Ciudad asediada*. Por su parte, los valencianos Vicent Andrés Estellés y María Beneyto van a coincidir en publicar, en 1953, sendos libros, uno en catalán (*Ciutat a cau d'orella*), y otro en español (*Poemas de la ciudad*), en cuyas respectivas titulaciones se refleja bien claramente el notable énfasis que a la sazón se ponía en el pretexto que nos ocupa, un pretexto que, por supuesto, no precisa aludirse en el frontis de un libro para que se constituya en factor básico en un poemario, como ocurre en el primero de los conjuntos de Ángel González, *Áspero mundo*, obra publicada en 1955, y en la que el entorno referencial de los textos es el Madrid de la época.

Dos años después, otro poeta nacido en Barcelona, Carlos Barral, editaría el libro que puede considerarse su obra maestra, *Metropolitano*, donde se explicita de modo taxativo que el entorno más singularizador entre los que plasmaba la poética de aquellas calendas no era tanto la ciudad en sí como en concreto la ciudad metropolitana, conforme a la afirmación de Gil de Biedma de que “La gran ciudad es el habitat natural del hombre moderno”. En consonancia con esta línea, el ovetense Ángel González iba a cerrar en 1967 el ciclo inicial de su trayectoria literaria con los versos de *Tratado de urbanismo*.

La óptica desde la que estos poetas se encaran con el tema urbano se hace eco de un enfoque propuesto por el poeta británico Myster Hugh Auden, uno de los principales representantes del realismo inglés de los años treinta, y que combatió a favor de la República española durante la guerra de 1936-1939. Jaime Gil de Biedma adujo una cita de este escritor como lema de la clase de filiación urbana que él pretendió en su poesía, un lema que puede hacerse extensivo a muchos poetas del momento: “What’s your proposal? To build the just City? I will”.

Refiriéndose a varios poetas del cincuenta, Jaime Ferran puso de manifiesto cómo el concepto “to build the just City”, “construir la ciudad”, fue a la vez metáfora y propósito real para ellos, y aducía como prueba que José Agustín Goytisolo trabajó con el arquitecto Ricardo Bofill, y uno de sus conjuntos lleva precisamente el expre-

sivo título de *Taller de Arquitectura*, una obra que no es la primera de su autor en la que se plantean cuestiones que afectan a la dialéctica entre el hombre urbano y las características de los inmuebles que lo rodean. Y es que el entorno arquitectónico, como recuerda el propio Ferran, puede ocasionar afecciones negativas como alienación, agorafobia, claustrofobia, etc.

La aspiración a vivir en una ciudad más habitable y más abierta, más viva y mejor, en suma, fue un anhelo que resulta bien patente en determinados poetas barceloneses de la época como Goytisolo, Barral y Gil de Biedma, quienes compartían ese deseo con el arquitecto Bofill, a quien le era dado hacer realidad efectiva y visible, en términos urbanísticos, cuanto se dejaba sentir en los versos de los autores antecitados. Pero no se crea que los objetivos a alcanzar se circunscribían al logro de un más bonancible modo de vida urbano, pues la metáfora de la construcción de la urbe contenía más calado, equiparándose a una metáfora de la convivencia, de una convivencia en democracia.

Aun cuando, como hemos afirmado más arriba, la ciudad metropolitana, y aun industrial, es la más representativa de la poética del medio siglo, hay otros autores de este período con diferentes opciones literarias sobre la ciudad, entre ellas la de preterir en sus versos la presencia de las grandes ciudades, a favor del campo y de las villas provincianas, como en la obra de Claudio Rodríguez.

Ángel Crespo dio a conocer en 1965 el grupo de composiciones titulado *Docena florentina*, doce textos en los que resuenan multiplicidad de referencias y connotaciones culturales. Nacido biológicamente en la atmósfera manchega, el escritor encuentra en el orbe italiano el espacio que va a influirle en el alumbramiento de una nueva estética, en la cual se opta por el universo de cultura que simboliza Florencia. De este modo, la falta de lo urbano que se advertía en sus poemarios de lustros anteriores se contrapuntea con el culto a la ciudad del Arno, piedras que el poeta sentirá vivas al igual que los paisajes naturales.

Antes de finalizar la década de los sesenta, los poetas jóvenes de la época, un elenco significativo de los cuales figuró en la célebre antología de Castellet *Nueve novísimos* (1970), enfocaron el tema urbano desde ópticas disímiles a las adoptadas por los referidos autores de mediados de la centuria. El influjo del cine en esta promoción se refleja en el conjunto de Pere Gimferrer *La muerte en Beverly Hills* (1968). La vertiente culturalista de esta leva literaria propició que la crítica la denominase poetas venecianos, porque en algunos autores Venecia simbolizaba el referente estético por antonomasia.

Coetáneo de los poetas recién referidos, en la obra de Diego Jesús Jiménez la visión de la urbe se inscribe en coordenadas relacionables con la memoria, como se deja sentir en su libro *La ciudad*, con el que obtuvo el Adonais en 1964. En ese conjunto el yo lírico realiza un viaje interior, a través del recuerdo y en un intento de rememoración de un pretérito vivido en localidades como Cuenca, Priego, Beteta, etc.

Uno de los nueve poetas de la selección castelletiana, Manuel Vázquez Montalbán, iba a cuestionar la capacidad del urbanismo para el logro de utopías humanas. Este cuestionamiento aflora de vez en vez en su poema *Ciudad* (1997), en el que se desmarca de la creencia en urbes ideales. Ningún espacio concreto coincide con el de *Ciudad*, porque en él convergen todas las urbes conocidas y ficticias que han forjado el imaginario íntimo de este escritor barcelonés. La ciudad de *Ciudad* se caracteriza por su policentrismo, pues en ella se engarzan pasado, presente y futuro de una conciencia a un tiempo personal y colectiva.

La poética dominante en los años ochenta, una poética que fue prolongándose a lo largo de la década última del XX, ha sido designada como poesía figurativa, y en su eclosión tuvo un papel decisivo el grupo de poetas andaluces de la “nueva sentimentalidad”, cuyo autor más renombrado era y es Luis García Montero. La temática urbana, que encuadra situaciones ficcionales verosímiles, resulta consustancial en la obra de estos poetas, a los que se considera practicantes de la llamada “poesía de la experiencia”, y de algún modo situados en la estela de Jaime Gil de Biedma.

He tratado, pues, en el escaso tiempo encomendado, de hacer una panorámica del binomio poesía y ciudad y a través de ella mostrar que el poeta no se excluye voluntariamente de la Urbe, sino que viene a lo largo del tiempo incluyéndose en sus varias problemáticas.

(LORENZO LÓPEZ TRIGAL). Muchas gracias al profesor Balcells. Comienza a continuación la intervención de la representación geográfica en la Mesa, el profesor Joaquín Bosque Maurel. Catedrático emérito de la Universidad Complutense, estudio de la ciudad de Granada, en su Tesis Doctoral en los años 50, continúa desde entonces con un interés claro en esta temática. Es miembro del Grupo de Geografía Urbana y este mismo año Doctor Honoris Causa por las Universidades de Granada y Barcelona.

Joaquín Bosque Maurel

La Ciudad y la Literatura, en líneas amplias son consustanciales. Yo creo que desde que la Ciudad existe se ha convertido en un objeto de inspiración normal en cualquier literato. Pienso que esto es fundamental y que esto puede explicar muchas cosas, sobre todo desde el punto de vista del Geógrafo, que entre otras muchas actividades tiene que ocuparse de estudiar el “Espacio”, y hoy es difícil estudiar el Espacio sin estudiar la Ciudad. Por consiguiente, ahora, pero también antes, la Ciudad ha sido objeto del análisis geográfico y el Geógrafo ha tratado siempre de utilizar todas las fuentes próximas que trataban de la ciudad, y entre otras, por tanto, la Obra Literaria, aunque es evidente que de manera muy diferente.

Hay muchas obras literarias que pueden ser usadas por el geógrafo. Así, los Libros de Viaje, son algo consustancial desde que empezaron los geógrafos a trabajar

sobre el Espacio. Pero, a su vez también no hay que olvidar que a menudo los Ensayos también han convertido a la Ciudad en su objeto de inspiración, unas veces tratando de explicar o de hacernos comprender cómo es la ciudad, y a veces inventándosela. Son muchos los casos, se ha citado uno, conocidísimo, el de la Ciudad que inventa Platón, y no es el único caso ni muchísimo menos. Lo que nos lleva a establecer ya un hecho que el conocimiento de la Ciudad a través de la Literatura tiene mucho de subjetivo y que por tanto cuando un geógrafo trata de analizar un texto literario sobre la Ciudad tiene que tener mucho cuidado para evaluar de forma acertada lo que hay de realidad para ser usada por sus estudios. Pero, no solamente el ensayo estudia la Ciudad como antes el Libro de Viaje, sino que desde antiguo, se ha señalado muy bien ya, la Poesía tuvo también objetivo fundamental, como inspiración, aunque yo creo en especial que la forma literaria fundamental para el conocimiento que nosotros los geógrafos podemos tener de la ciudad, o de los aspectos varios que la ciudad puede plantearnos, es la Novela.

La Novela realmente es la gran fuente de inspiración de los literatos, mejor dicho, la gran actividad de los literatos sobre la ciudad. Y esto de una manera específica sobre todo a partir del Renacimiento. Es en el Renacimiento cuando la Ciudad ha adquirido ya evidentemente un papel fundamental y la ciudad desde entonces se va a convertir en un elemento de trabajo, de estudio, de descripción y de comprensión, por los literatos. Aunque esto no obsta para que en muchos tiempos anteriores haya sucedido algo parecido; Aristófanes, en muchas de sus Comedias Satíricas, hace una pintura de Atenas que nos ha permitido fácilmente, aunque no sólo a los geógrafos, conocer cómo era aquella ciudad. En la literatura de la Edad de Oro española las referencias, por ejemplo, en Cervantes, para empezar, ¿quién no ha leído la novela, como él la llama, “ejemplar”, sobre *Rinconete y Cortadillo*? Es una pintura extraordinaria sobre una realidad, no de toda la realidad sevillana del S. XVI, pero de una parte de esa realidad de la que él ha dejado una pintura realista, acertada, profunda, incisiva.

En muchas de las comedias de Lope de Vega se encuentran referencias, a veces muy superficiales, otras no tanto, sobre alguno de los aspectos formales de la ciudad de Madrid. La referencias al Prado, y a su uso, las referencias caprichosas y un poco insuficientes sobre lo que él llama “el aire de Madrid”, que aparece en una de sus comedias, es verdaderamente interesante. En el S. XVIII los escritos sobre Madrid —es lo que mejor conozco— son también muy numerosos y nos pintan los aspectos de la vida de una parte de los madrileños, pero, cuando en realidad las cosas han llegado a un máximo de relación entre la Novela y la posible utilización de la Novela por la Geografía, es en el S.XIX y yo diría que algo menos en el S.XX.

Cuando Chateaubriand describe al último abencerraje en *La Vida de Granada* hace una descripción muy singular, en el fondo muy mística, pero también muy acertada, de algunos aspectos en concreto del principal momento que los musulmanes dejaron en Granada: La Alhambra. Y hay allí una serie de materiales que se pueden usar para, al menos, saber cómo era o cómo podía ser La Alhambra precisamente a

comienzos del Romanticismo, un Romanticismo que además fue muy consciente del valor místico, del valor romántico, que tenía Granada, y que nos ha dejado numerosas descripciones.

Más tarde, en el mismo Romanticismo, podemos encontrarnos obras magistrales: ¿quién no ha visto o no ha leído *Nuestra Señora de París?*, donde es posible que haya mucho más de imaginación que de realidad, pero el hecho es que la visión que nos da Víctor Hugo del París de entonces y sobre todo del París que rodea Nôtre Dame, es una visión que casi hemos aceptado como una realidad plena, aunque los historiadores no siempre concluyan en el mismo hecho.

Cuando en realidad la Novela se va a convertir y creo que de manera dominante, en una fuente imprescindible para el estudio, al menos, de lo que llamamos Geografía-Histórica –y quizás de muchas más– es con la Novela realista y naturalista. En España tenemos muchísimos ejemplos. Me voy a referir concretamente a los que ya han sido utilizados de manera muy consciente por la Geografía española. Últimamente, hay un interés real de trabajos concretos y bien realizados sobre la teoría, posible, de una literatura y Geografía, también sobre análisis geográficos de ciudades españolas –a partir de novelistas. El caso del lamentablemente perdido Alberto Quintana o bien la reunión que hubo en la Universidad de Alicante sobre un Primer Coloquio de Literatura y Espacio Urbano, en el que colaboraron varios geógrafos, juntamente con sociólogos, escritores, economistas.

Se trata de utilizar la Literatura como una fuente de trabajo serio y concienzudo y bien utilizado para el conocimiento de la Sociedad, los sociólogos, de la Economía, los economistas, o del Espacio por los geógrafos. Hay, ya lo ha señalado Lorenzo López Trigal, una serie de geógrafos que están trabajando y muy bien. Alguno de ellos está aquí. Los trabajos que se han realizado en Lérida son un ejemplo de lo bien que se puede hacer en esa línea.

Para mí la Novela Naturalista, o Realista y Naturalista, –yo no estoy muy al tanto de una división exacta entre esos dos modos de hacer novela– constituye, creo yo, una fuente imprescindible. Imprescindible en todos los casos para llegar a hacer, al menos una evolución adecuada del desarrollo de una ciudad, del desarrollo urbano. Yo incluso lo he intentado más de una vez; no siempre con buena fortuna, porque el problema fundamental está en hasta qué punto esa novela o ese cuento le proporciona una visión exacta. No hay duda que el subjetivismo de cada uno de los novelistas que tratan una novela que se refiere a una ciudad puede ser tan preciso, tan violento pudiera decirse también, que te pueda llevar a ideas, a nociones, a puntos de vistas equivocados.

Por eso, hay que tener mucho cuidado cómo se analizan los datos, por ejemplo, de un Pérez Galdós o de un Pío Baroja cuando se estudia, en sus novelas de finales del XIX, comienzos del XX, a Madrid. Cada uno de ellos tiene una visión distinta de Madrid. Al parecer la de Pérez Galdós es más completa. Al parecer también –yo diría que es así – la visión que tiene Pío Baroja es, al menos en algunos, en que analiza o

estudia o se refiere a la gente que él novela en Madrid es más reducida en el Espacio y también en la manera de ser, en la Sociedad a la que estas gentes pertenecen, con lo cual el geógrafo, para empezar, tiene no sólo que leerse la novela, cosa que es evidentemente imprescindible, lo cual puede ser un placer, leer a Pérez Galdós, a Pío Baroja, o a Azorín, o leer a tantos otros de los escritores novelistas de finales del siglo XIX y del XX que puede ser un placer por sí mismo, pero que nos puede permitir fácilmente darnos cuenta, o tratar de introducirnos, no sólo en cómo es la ciudad, cómo es formalmente la Ciudad, cómo es el Paseo de El Prado cuando lo analiza Pérez Galdós, o cuando el mismo cuenta una novela entera entorno al Parque del Buen Retiro y nos muestra todo un análisis interesante y curioso sobre cómo era en los años 30 y cómo era la gente que vivía en aquella zona –que aquí es lo más importante, en mi opinión– porque lo esencial en una novela no es sólo los aspectos formales lo importante de cualquier novela es la sociedad que existía como protagonista fundamental en la ciudad que la novela describe mejor o peor. Y esto es lo que realmente hacen Pérez Galdós y Pío Baroja, y es lo que en realidad han hecho mejor o peor, de forma distinta, muchas veces a como lo hacen estos autores, otros más modernos.

La visión que tiene por ejemplo Antonio Muñoz Molina de Madrid diría que tiene poco que ver, porque él hace una descripción tan etérea, tan poco concreta, tan poco precisa del Madrid que él está viviendo y en el que él se encuentra cómodo además que no tiene nada que ver con la visión que en aquellos momentos, o en pocos antes, podía tener un Ramón Gómez de la Serna, u otras gentes de los años anteriores a la Guerra Civil. Esto es, o en este sentido es en el que creo que el geógrafo tiene que tener no sólo el placer de leer sino también la aventura – porque puede ser una aventura – de penetrar hasta qué punto la Sociedad que está dibujada con una precisión distinta, con una preocupación a veces absolutamente diversa, por el autor, es digna de ser recogida, pero más o menos mejor o peor para ser utilizada por nosotros, cuando pretendamos dar no sólo una descripción de la ciudad con un monumento concreto, sino sobre todo para intentar comprender esa ciudad y después tratar de dar a los que nos lean -si es que nos leen- una visión de la ciudad. En este sentido, es en el que creo que está presente y es necesaria la labor del geógrafo, que cada vez más necesita utilizar esta fuente. Sobre todo cuando nos planteamos el ver cómo es la ciudad, cómo entender la ciudad y cómo explicársela a uno mismo y a los demás.

Quiero recordar, casi todos ustedes posiblemente conocieron, una Geografía publicada por Planeta en los años 70 y dirigida por Enric Lluc, profesor espléndido de la Universidad Autónoma de Barcelona, que dio lugar a bastantes tensiones, porque era una obra, digamos, en aquel momento, “política”. La obra es excelente, entre otras muchas cosas, porque en el Apéndice aparece una larguísima referencia de Enric Lluc y de sus colaboradores sobre cómo utilizar la Literatura en general y la Novela en particular, para referirse a cada una de las naciones, de las grandes áreas socioeconómicas que se estudian en esa Geografía en 10 volúmenes. Allí existen, en cierta manera, hasta unos principios básicos de cómo se puede plantear una teoría de la ciudad,

geográficamente hablando, y del uso de la Literatura. Me remito a eso, y les pido además, que si se dedican a estudiar la Ciudad, no dejen de estudiar las novelas que se refieran a esa ciudad en concreto. Incluso, piénsenlo bien, a veces las ciudades inventadas por los novelistas.

Yo no sé si ustedes han leído a Julio Verne; yo sí, y muchas veces; y recuerdo una de sus novelas, no de las más conocidas, en donde, la base fundamental de la trama es el enfrentamiento entre dos ciudades que se construyen, en cada caso, de acuerdo con unos planteamientos ideológicos diferentes. La novela se escribe después de los años de 1870, después de la derrota de Francia por Alemania, y el enfrentamiento está claro: lo que hace Julio Verne es enfrentar una ciudad culta, bonita, interesante, de los franceses, frente a una ciudad en la que todo está alrededor de la fábrica de armas. También eso puede ser interesante, no para estudiar la ciudad, sino para plantearse los problemas de la sociedad urbana. Porque en muchos momentos esos planteamientos tan agresivos y, en el fondo, nada objetivos de Julio Verne, pueden ser una expresión de cuál es el sentir, de cuál es la problemática que en cada momento puede aparecer en una ciudad cualquiera. La ciudad que tenemos que estudiar.

(LORENZO LÓPEZ TRIGAL). Bien, hasta ahora, hemos hablado de los escritores y de sus obras, pasamos a dar la palabra a Juan Pedro Aparicio, escritor leonés afincado en Madrid, que ha tenido la gentileza de que pudiera venir hoy a León para tenerle con nosotros. En este caso hay un grupo de escritores leoneses muy amplio, que sería muy prolijo de citar, pero que Juan Pedro Aparicio es una magnífica representación de todos ellos y que tiene hoy con nosotros seguramente, mucho que decir y sugerir. Entre sus obras, alguna de ellas más temprana de cuentos y de libros de viaje, que tanto nos interesan a los geógrafos también. En este caso, *Los Caminos del Esla o El Transcantábrico, viaje en el Hullero*, entre otros. Entre sus novelas, de *Lo que es del Cesar, El año del Francés*, -que relata realmente el León entre 1.950 y 1.960 – *Retratos de ambigú* (1.988), Premio Nadal, con la que vuelve otra vez a recalar en León y, en fin, otras novelas posteriores, situadas en lo que hemos hablado aquí, entre la ciudad vivida por Juan Pedro en los años 50- 60 de esta ciudad suya que tantos recuerdos mantiene y la ciudad inventada.

Juan Pedro Aparicio

Efectivamente “Literatura y Ciudad” son creaciones humanas pero, entiendo, que la Literatura, a pesar de que pueda parecer una barbaridad, está por encima de La ciudad. Y me explico: yo creo que la Literatura es la única creación genuinamente humana, la única que nos distingue del resto de los seres que no rodean. Porque yo creo que entre las hormigas sus modos de vivir colectivamente, o las abejas, pueden considerarse ciudades también. Parece además ahora que hay unas hormigas argentinas que están colonizando Europa y que han establecido relaciones, cosa insólita, entre

distintos hormigueros. Deben mandarse embajadores, deben de tener ya unas relaciones que incluso pueden ser peligrosas para los humanos. Lo he leído en uno de esos periódicos que consideramos serios.

Y quiero decir con esto que el modo de hacer ciudades casi se puede transmitir por la memoria genética, y desde luego en España así parece –yo lo comentaba ayer con alguno de los asistentes que, parece, por cómo construimos ciudades en España, que los genes adquiridos durante la Reconquista nos obligan a aplicar el mismo molde de ciudad, y entonces hacemos ciudades estrechas, con calles angostas, como si todavía estuviéramos bajo el síndrome de “la ciudad cercada”, de la ciudad amurallada, y no tuviéramos espacio, porque se da la paradoja de que, por ejemplo Madrid, donde yo vivo, es una ciudad rodeada por un océano de terreno, sin embargo no hay suelo. Vivimos los españoles con una carencia de suelo, que yo en este momento apelo a los geógrafos para que prediquen allí donde deban predicar que ese suelo, que nos rodea por todas las partes, entre en la vida ciudadana y nos facilite la vida; que no seamos naufragos en una isla, como el naufrago que está rodeado de agua pero no la puede beber porque es agua salada, a nosotros nos pasa igual: el suelo es que no es “urbano”, y ese no lo podemos usar. Esa es una llamada que yo hago.

Entonces, decía que hay una superioridad de la Literatura sobre la Ciudad. ¿Por qué? Porque la Literatura es lo único, creo yo, que se transmite fuera de la memoria genética, por la palabra. La palabra nos distingue de los animales, la palabra escrita, porque los animales también con sus sonidos, pues tienen una comunicación que seguramente podríamos buscarle unos signos. Ningún animal ha creado un signo, ha objetivizado ese modo de comunicarse, sólo el hombre y ha creado la Literatura y la Literatura ha roto las barreras del tiempo, bien es cierto que sólo en una dirección, en la dirección del futuro: nunca podemos comunicarnos con Shakespeare ni con Cervantes; no podemos decir a Cervantes, él que murió considerándose un fracasado que ha sido el mejor literato, el mejor novelista de todos los tiempos, no se lo podemos decir. Él sí nos lo puede decir a nosotros, nos puede decir lo que nos ha dicho con El Quijote y con Sancho. Pero, en fin: es cierto que la literatura ha roto las barreras del tiempo.

El tema que nos ocupa de Novela y Ciudad se puede contemplar desde varios aspectos. Últimamente está muy de moda. Yo intervine apenas hace una semana en una Mesa Redonda en la Feria del Libro de Madrid, que se llamaba “La novela urbana”. La Novela Urbana - bueno, a uno le llaman para este tipo de actos que tienen algo de trampa, porque, al presentarse de modo tan abierto, pues, le complican a uno la vida y todo aquél que haya escrito en los periódicos sabe que siempre si el Director le encarga a uno un tema determinado, “oye escíbeme sobre la huelga de ayer”, pues es más fácil, pero si le dice “escíbeme sobre “La Huelga”, pues entonces ya uno no sabe si ir a consultar diccionarios, enciclopedias, si tiene que hacer un enfoque pictórico, emocional, político, sociológico,... con lo cual el problema es enorme-. Pues este tipo de jornadas tan abiertas, “Ciudad y Literatura” “Literatura y Ciudad”, presenta

este problema, igual que esta otra Mesa a la que aludo de “Novela Urbana”. A mí me pareció que era absolutamente irrelevante que la “Novela Urbana”, bueno, todas son urbanas, en el sentido desde luego que los lectores, o las lectoras, porque son éstas casi las que ahora monopolizan la lectura de novelas, pues viven en la ciudad, salvo Madame Bovary que vivía en el campo, pues la gran mayoría de los lectores vive en la ciudad. Por otra parte, la mayor parte de los escritores son ciudadanos, son seres de ciudad, aunque los protagonistas de sus libros no los lean. Por ejemplo, la novela fundadora de todas las novelas de Occidente, El Quijote, todos sabemos que es un viaje por el campo, que es una salida de un hombre de aldea que va al encuentro de sus fantasmas, pero, Cervantes, sin embargo, sí que fue un hombre de ciudad, vivió en Sevilla, en Valladolid, vivió en las grandes ciudades españolas del momento, pero, con todo eso, ni siquiera tocamos la esencia del tema, de lo que nos debe ocupar hoy.

Yo creo que la relación que hay entre Literatura y Ciudad no es tanto espacial, no es tanto de poder –acudiendo a unos textos – el reproducir un paisaje urbano. Yo creo que de eso no se trata. A mí me parece que lo que hacen los literatos con la ciudad, en todo caso y en ese aspecto espacial, sería más parecido a ese género pictórico de los italianos, que no sé si se llamaba “capricho urbano”, mezclaban unos edificios con otros y creaban unas perspectivas insólitas, espléndidas, maravillosas, fascinantes ... un poco con un plus de más. Si uno piensa –y yo por astur-leonés, nacido en León, muy próximo a Asturias y amante de la gran literatura de los maestros asturianos del XIX –pues si uno piensa en lo que sería Asturias sin que Clarín hubiese escrito *La Regenta*, sin que antes Jovellanos hubiese escrito de Asturias, sin que Pérez de Ayala hubiese hablado, hubiera inventado esa ciudad que era trasunto de Oviedo, “Pilares”, sin que Palacio Valdés hubiera hecho su novelística, se hubiera ocupado de la mitología popular asturiana en *La Aldea perdida*, pues Asturias seguramente hoy sería una presencia geográfica muy imprecisa, muy desdibujada, con muy poco relieve, con muy poca densidad. Yo creo que la Literatura lo que hace cuando se acerca a la Ciudad, cuando se apoya en la Ciudad, le dota de alma, le dota de un peso específico muy mayor que el que tiene. ¿Por qué? Porque la fija, porque fija su alma, porque fija el alma de la Ciudad.

Nosotros, y aquí tengo que hablar de algunos amigos muy próximos, y de mí mismo, sí que en un momento determinado de la Transición política española, en la que nuestra querida ciudad de León – nosotros ya no vivíamos en ella, yo realmente no conozco León (he venido y me he perdido tres veces para encontrar la Universidad) -yo soy de un León que ya no existe, un León que tenía 40.000 habitantes, que no tenía Universidad, que era el León del Franquismo..., además tenía más policías por m² y más sotanas por m² que puede haber, no sé, en el Irán de los Ayatolabs- es una ciudad de la que yo escapé buscando precisamente eso que aprendí en las aulas de Derecho: decían que “el aire de la ciudad hace al hombre libre”, en la Edad Media, pero en el Franquismo, sólo el aire de la Gran Ciudad hacía al hombre medio libre y yo, buscando esa media libertad, abandoné esta ciudad tan pequeñita y me fui a Ma-

drid. La verdad es que vinculado a ella estoy, por razones afectivas que nunca he negado, pero que ya no es mi ciudad; yo ya no la conozco, yo aquí soy un extraño absolutamente.

Pero, en esa Transición política, repito, cuando vimos que había una necesidad de anclar León, sobre todo en la visión de los políticos, porque el político realmente es un personaje singularísimo, (yo creo que debieran hacerse también unas jornadas que fueran “Literatura y Políticos” o “ciudad y Políticos”, porque el Político que es un denominador común para todo, porque afecta a todo, y que además está condicionando nuestra vida, apenas lo estudiamos como fenómeno y había que estudiarle como fenómeno). Pues bien, el político no veía a León y no veía la ciudad de León y quizá por eso, de un modo inconsciente, pues, los escritores leoneses, un grupo de tres en concreto, que nos habíamos inventado previamente un Maestro, porque en aquella España tampoco había maestros, y seguimos, al modo del dictado de Juan de Mairena, el apócrifo que inventó don Antonio Machado, a un prócer, a un hombre probo, maravilloso, ilustradísimo, que había vivido el exilio y que se llamaba Sabino Ordás, cuyos artículos que escribió en aquella época ahora se han reeditado precisamente por la editorial Calambor y que se llama *Las cenizas del Fénix de Sabino Ordás*, de Juan Pedro Aparicio, Luis Mateo Díez y José María Merino, porque hemos descubierto un poco o hemos enseñado ya un poquito la oreja, ya el apócrifo ha aparecido como tal, porque cuando empezó a escribir había, y parece petulancia, pero es así, había peregrinaciones de intelectuales, poetas, escritores, a verle a la aldea leonesa (Ardón) en la que lo habíamos ubicado y la gente de allí ya estaba un poco harta. Y luego una vez que sacamos en el libro, *Los caminos del Esla*, un palomar, que nos gustó mucho y pusimos en el pie de foto “ el palomar de Sabino Ordás”, tuvimos una reclamación incluso, porque el palomar “de Sabino Ordás” era de no sé quién ... cosas que pasan, y, bien, entonces al dictado de aquel heterónimo, de aquel ilustre profesor, pues nosotros volcamos, hicimos un pequeño giro en nuestra literatura, y se la dedicamos a la ciudad de León.

Entonces, tenía aquí unos textos... pero a mí siempre me preocupa la fatiga del auditorio. Y leer es muy fatigoso, sobre todo para el que escucha, entonces yo no sé si lo resumo un poquito, porque, para que se vea la evolución –yo he escrito un libro de relatos primero, en los 60 (se publicó en el 75, cuando murió aquel gran benefactor de la Patria que se llamó Francisco Franco) y luego escribí novelas, la primera novela todavía no había muerto Franco, se publicó después de su muerte, en esa no salía León, pero luego como hubo esas circunstancias que digo, de que León parecía que no existía en España, pues nosotros nos dedicamos a dotarle de alma, no sé si lo hemos conseguido o no, supongo que pasará mucho tiempo y sabremos si lo hemos conseguido, si hemos triunfado sobre los políticos o los políticos han triunfado sobre nosotros, si León tiene ahora alma o si León no tiene alma; si León es una entidad administrativa anónima, perdida, con una capital en una Comunidad que no es la suya, en fin, no lo sé, pero lo cierto es que los años, cuando, pase el tiempo nos lo

dirá, si los escritores de León hemos conseguido, como consiguieron los asturianos en su día, que Asturias tuviera alma, si hemos conseguido nosotros que León tenga alma. Yo pienso que sí, yo soy optimista, y además esas “pugnas” no se producen simultáneamente en el tiempo, es decir, el político siempre te puede mientras vive el político, luego cuando desaparecen ambos ya empieza a imponerse el literato sobre el político. Y la realidad literaria, como tiene una capacidad mística, mucho mayor que la realidad política, pues acaba sobreviniendo vencedora.

Entonces voy a leerles unos parrafitos y si veo mucha fatiga pues corto.

En el primero hablo de León directamente, no hablo de Lot, porque yo lo voy transformando, lo voy transfigurando, cada vez me da más miedo ya hablar de León, está escrito por los años 60, y dice así (es un cuento que más o menos lo que se ve tiene interés en sí mismo):

Cuentos Origen del Mundo, pp.102-107.

“Braulio Chadman Ruiz había nacido en León hacía menos de 25 años un día de mayo, en que sin embargo el color del cielo era oscuro, de invierno acrecentado y sombrío, que contrastaba con el azul que todavía dominaba en la ciudad, un azul marino que, como a un dios pagano, se habían ofrecido los más modernos establecimientos “El Restaurante Azul, el Bar Azul, el Cine Azul ... un dios poco relajante y poco marinero. También había en León (en realidad aún perdura entre los supervivientes) el impresionante recuerdo de los pilotos nazis de la Legión Cóndor, que operaron en el aeródromo de La Virgen del Camino. Recuerdo de los pilotos, no de sus terroríficas máquinas de guerra, y ello a pesar de que uno de ellos, con su fulgurante Stuka, se estrelló con el último piso de una casa de la Calle de la Rúa, calle ciertamente emblemática, abriendo un boquete en el tejado y matando a la dueña de la casa. Pero es que aquellos leoneses, que desarmaban ellos mismos hondos cuencos rebosantes de sopas de ajo con huevo, pan y vino, admiraron muy de veras a aquellos alemanes que en las tardes del Bar Azul merendaban un pollo enorme y una botella de coñac. Por eso, para quienes vivieron nuestra guerra, Braulio Chadman Ruiz, a despecho de su segundo apellido, no era sino una reliquia de ese pasado, abandonado en León por aquellos pilotos nazis equiparable a los mismos aviones Junker desvencijados y ruidosos que en la posguerra surcaban el cielo leonés como autobuses urbanos (entre paréntesis diré que mi primera experiencia voladora fue en un Junker de estos) Braulio era hijo único de un muniqués enrolado en las filas que Hitler envió a España, Hans Chadman había sido mecánico de vuelo en una escuadrilla de Junker 52 y fue uno de aquel puñado de legionarios que se quedó en España al ser repatriada su unidad. Quizá intuyó tiempos peores para su patria, quizá se enamoró, lo cierto es que se quedó en León y se casó con Adela Ruiz, de los Ruiz de Valderas, por eso los leoneses nunca consideraron a Braulio como uno más entre ellos: primero estaba su padre, “el Alemán”, con su taller eléctrico Radio Berlín en un

localucho de mala muerte de la calle Cervantes, extravagante, un poco chiflado, siempre inventando inventos ya patentados, hasta que murió de una extraña explosión en su misterioso taller. Luego, el mismo Braulio, sacando un palmo de estatura a cualquiera de su clase y que, al hacer la reválida de 4ª, era ya el muchacho más alto de todo el colegio, “cabeza oxidada Chadman”, como le remoqueteaban sus condiscipulos, pues su estatura destacaba más el color rojizo de su pelo, “Cabeza oxidada Chadman”, o “el hijo del Alemán”, o “Radio Berlín Fürher”, que tal, era la abundancia de sus apodos, era de sobra conocido en toda la ciudad, desde los futbolines del Chato hasta el Casino, y sin embargo no era aceptado propiamente como un hijo de ella. Su vida escolar por ejemplo constituía todo un desafío; meses había en que Chadman, sobre todo con la primavera entrada, se paseaba exultante por los alrededores del colegio enarbolando su traje de baño en una mano, levantándolo por encima de su cabeza, como seductora bandera de reclutamiento para, repudiando las clases, iba darse un chapuzón en el Bernesga. Entonces, Chadman era el último de la clase. Sus notas eran tan bajas que en el orden mensual de puestos, cuyo anuncio prendía el Padre Rector, lo situaban en un pupitre único (los demás eran de dos plazas) aislado de los otros, en un rincón del aula, muy alejado de cualquier otro (ese lo ocupé yo muchas veces), pero cuando se mostraba responsable, quizá al día siguiente, había que verle, tenaz, incansable, impasible a las sollicitaciones de sus condiscipulos. Nadie lograba entonces jugar un simple fútbolín con él. De inmediato, escalaba los primeros puestos de la clase y tan amplio era el abanico de sus triunfos –de hecho avanzaba absolutamente en todas las materias– que nadie, ni siquiera Tino Moya, podía disputarle el primer puesto. Así, con aquellos bandazos de péndulo loco, llegó a quebrar el sistema pedagógico de sus maestros, que, rendidos, acabaron por adjudicarle a perpetuidad el pupitre aislado de sus malas mensualidades. En realidad, León entero lo había colocado ya en aquel pupitre, porque a la hora de buscar una explicación, su carácter recordaba siempre la paternidad aventurera, extremista, erradicada de su hábitat natural del hombre de Radio Berlín y así su simpatía resultaba extravagancia de extranjero y su inteligencia locura. A lo sumo, cuando alguien recordaba que era también un Ruiz, era para aludir a la vena imprevisible, disparatada, se decía también, de los hijos de Valderas y las mujeres, inevitablemente, al referirse a su madre decían: “pobre Adela”. Es posible que Braulio notase algo de esto; motivos nunca le faltaron. Ya cuando su padre murió fue el único de su curso que repitió Preuniversitario. Este fracaso escolar resquebrajó por completo las débiles resistencias de su madre, que de improviso, se sintió despojada del pobre alivio que había encontrado en la recién estrenada viudez. pero Braulio no concedió tiempo suficiente a sus condiscipulos para mirarle por encima del hombre, apenas dos cursos después, ya en Madrid, ingresó en la Escuela de Ingeniería

de Caminos, Canales y Puertos a la primera, cuando los buenos estudiantes necesitaban de tres y cuatro años para lograrlo. Por fin parecía que iba a redimir la pena de la pobre Adela, mas otra vez, insatisfecho y desconcertante, cambió Caminos por Periodismo, mientras su madre temblaba en León. Su carrera fue deslumbrante. Se tituló, se colocó y de inmediato fue nombrado corresponsal en Nueva York. Lejos y atareadísimo nada podía ir mejor a su persona. Las crónicas que cada día remansaban su espíritu y los amigos del County Village, para los que León era un punto ilocalizable en el mapa del mundo, le liberaban al fin de su sambenito de extravagancia – Pero Claudio Chadman Ruiz llevaba clavadas en el alma las duras tablas de su solitario pupitre leonés, porque cuando parecía más feliz una decisión de su periódico le trajo de nuevo a España y su vuelta a Madrid coincidió con el fallo del Premio León de Poesía, que fue ganado por Tino Moya con su libro Cancionero del Agua. Braulio no sentía celos de Tino Moya, además a Chadman no le gustaba la poesía. No creía tampoco que tino fuese mejor periodista que él. En realidad eso no le preocupaba. Ni siquiera los trabajos más serios de Moya, aquel seductor libro sobre África, escrito en la selva, y aquellos artículos sobre la caza del león que le habían hecho célebre, le parecían gran cosa a Chadman. Pero sabía que para su madre, la pobre Adela, no había más triunfo ni más gloria en esta vida (y quizá también en la otra) que lo que la ciudad de León reconocía, y ese reconocimiento era entonces la ilusión obligada de Chadman, pero Chadman sabía, también, que León es un pueblo taimado y socarrón que no discierne de héroes; sólo ha erigido una estatua a uno de ellos, a un peculiar condotiero, Guzmán el Bueno, (no sé si la han visto, preciosa) de tiempos tan remotos como remotas fueran sus hazañas del provecho ciudadano, que muy pocos saben su verdadera vinculación con la ciudad. El que luego en tiempos recientes el General Moscardó haya achicado su gesta no ha levantado más que indiferencia, porque Guzmán es como el soldado leonés desconocido, pero, a la postre, es uno más y eso es lo que Chadman anhelaba...”

Bueno, esto es...no sé si seguir leyendo un poquito, pero realmente me preocupa la fatiga. Entonces,...quizá me salto alguna cosa, voy a un León de la Guerra Civil, porque el alma de León es como un termómetro, ¿no?: hay que fotografiar el termómetro en las distintas horas o en las distintas épocas.

La forma de la noche, pp. 51-53.

“La ciudad vivió días de indecisión, en los que pareció (ya no se llama León, sino Lot...) como médula de España, es decir, como la parte de un cuerpo, que siendo el eje vital del mismo, ni define su fisonomía ni determina sus apetitos, no podía estar más que a la espera de lo que ocurriera en los órganos centra-

les: la cabeza, el corazón, el estómago. No hubo, por tanto, guerra en la ciudad, ni siquiera en la provincia, aunque sí escaramuzas bélicas, algunas de importancia, en las que perdieron la vida varios hombres. Pero las escaramuzas pertenecían a una Guerra Civil que no era propia, que utilizaba aquellos parajes como se usa el escenario en que se rueda una película. Acostumbrada la ciudad a celebrar efemérides que exaltaban instantes en los que el resto del mundo se había fijado en ella, verbigracia, cuando el Rey pernoctó en San Juan; cuando la Reina Isabel se comió una truchada en Las Omañas; cuando Napoleón pernoctó en Astorga; cuando Albert Einstein se rompió un tobillo al bajar de la Cámara Santa Isidoriana, ...se preparó también para recibir convenientemente a la Guerra Civil, que también venía de España. Pero antes tenía que saber cuál era la verdadera, si la del Norte, la que bajaba con los mineros asturianos, o si la del Sur, la que subían los fascistas y los militares por los Campos de Castilla.

Lalo y Pepe lo supieron pronto. A Lalo le tocó defender el Gobierno Civil de las fuerzas rebeldes, en una lucha de horas, que terminó cuando los aviones de la Base de la Virgen del Camino lo sobrevolaron con amenaza de bombardeo. Aunque hubo muchos detenidos, entre los que estaba el propio Gobernador Civil, que sería fusilado días más tarde, Lalo pudo escabullirse y llegar sano y salvo a su casa. Pepe, el hermano gemelo, que se había atrincherado con algunos compañeros en la Casa del Pueblo, corrió parecida suerte: tras unas horas de tiroteo y habiéndose causado mutuamente algunas bajas, los atrincherados se rindieron. Pepe también logró escabullirse, pero cuando esa noche Chacho abrió el portal de su casa, se encontró de cara con los cadáveres de los dos hermanos, uno a cada lado de la escalera, sobre las balaustradas de mármol por las que tanto se habían deslizado de niños. Bien: la Guerra Civil española había entrado en la ciudad, así que era menester rendirle los honores pertinentes. Unas veces, el visitante ilustre requería un ramillete de flores y un discurso. Otras, una exhibición de danza regional. Ahora el protocolo pedía unas pocas muertes, cuya crueldad, a tono con el gusto imperante, venía marcada por lo superfluo de las mismas. Muertes que, sin embargo, ahondaban en la muerte y mataban con el encarecimiento que dicen es consustancial a las guerras civiles españolas...”

Bueno, ya no sigo, que si no se van a poner muy tristes.

(LORENZO LÓPEZ TRIGAL). Muchas gracias, Juan Pedro por tu amabilidad y pasamos a colokuar en la mesa y entre todos. Pues bien, para animar, voy a hacer una pregunta para Juan Pedro, claro: ¿No es necesario, incluso, es relativamente poco importante, que se haya vivido en la ciudad para novelar la ciudad, en este caso?

(JUAN PEDRO APARICIO). Hombre, es que, depende de lo que entendamos por “novelar la ciudad”. Es decir: si tú quieres hacer una novela tipo *Fortunata y Jacinta*, pues entonces necesitas no sólo conocerla bien, sino además hacer un estudio concienzudo, documentarte. Ese tipo de novelas no pertenecen a nuestro tiempo ya. Es decir, que ahora, yo creo que va más allá en la línea de lo que yo he dicho. Por ejemplo, sin vivir apenas en la ciudad, ni siquiera en la provincia de León, Juan Benet -que es uno de los escritores quizá menos leídos pero más prestigiosos y más respetados, en el ámbito más bien de los escritores- pretendía captar una cierta esencia de esa *Región* que era León, ¿no?, y bueno, pues lo consiguió más o menos felizmente, pero ese es para mí ahora el quid de la cuestión. O sea, que no necesitas vivir, y yo, en mi experiencia, te diré que *El año del francés* es mi novela más autobiográfica sin que yo salga ni tenga nada que ver. ¿Por qué? Porque es el León que yo conocí, el que yo viví y el que yo sufrí. Entonces ese León sí que puedes notar la carne, la sangre y el palpito que tiene. Luego la novela más conocida mía, porque ganó el Nadal, *Retratos de ambigú*, que sitúa la historia a finales de los años 80, y hablo del Ayuntamiento y unas aventuras de la Corporación, ésa está escrita desde Madrid, desconociendo León y, más bien, pues es lo que yo pienso que puede ser una ciudad pequeña donde ocurren estas cosas que ocurrieron tan chocantes de la Democracia, de la Transición recién estrenada, pero, sin embargo, siendo, a mi modo de ver, menos auténtico, como fue el más conocido, se produjo un fenómeno que me hizo cambiar ya de mi literatura, porque, aquí en León el libro fue un *best seller* y la gente se identificaba, iba por la calle y decía: “Mira, aquél es este personaje”. “Este otro, es este otro”, y tal. El Alcalde decía: “No, no soy yo; es el otro alcalde”. Y hubo ese fenómeno y, tanto es así que un personaje ilustre de la ciudad, que escribía libros también, yo fui a que me firmara su libro y me lo firmó con el nombre que creyó que yo le había puesto en el mío. Personaje muy conocido, muy ilustre y muy senador. O sea, que eso hizo que yo cambiara. Dije: pues me voy a distanciar y entonces la siguiente ya todos están muertos, y así que ya nadie se puede identificar.

(ANTONIO RAMOS HIDALGO. Universidad de Alicante). Cuando Juan Pedro Aparicio ha hablado intensamente de la capacidad de identificar procesos urbanos en toda la Literatura, he querido intervenir para crear también una referencia secundaria... y es que en un futuro los libros de memorias contemporáneos nuestros hablarán de nuestras ciudades. Por poner un ejemplo, el Madrid o la Sevilla de Caballero Bonald, en su libro de memorias que se acaba de editar, o las memorias de Antonio Martínez Carrión, que son extraordinarias para identificar el proceso cultural de Madrid, o qué decir de las memorias de don Manuel Azaña, me parece que son paradigmáticas para entender procesos históricos en la vida de Madrid.

Hay un autor, ya difunto, que es Miguel Espinosa, que, en un libro absolutamente metafórico, describe con nombre y apellidos y con número de carné de identidad a personajes de su época. *Escuela de mandarines* es un libro absolutamente paradigmá-

tico de lo que es la definición de una ciudad contemporánea de nuestra vida, de hace veinte años. Otro libro es *Tiempo de silencio*. Y hay unas ciudades invisibles que ha descrito magistralmente Italo Calvino, cuyas referencias urbanas son de una precisión, de un lirismo, de una capacidad simbólica de describir las ciudades absolutamente imprescindibles.

(MIGUEL ÁNGEL TROITIÑO VINUESA. Universidad Complutense de Madrid). Al hilo de la intervención de Juan Pedro Aparicio, nos ha demostrado que además de la claridad, yo creo que los literatos tienen la capacidad de capturar el ánimo de la ciudad, y eso, para los que investigamos la ciudad, nos es tremendamente útil. Yo mismo, trabajando sobre Cuenca, uno de los escritores que me ayudó a entender la ciudad fue Baroja.

Yo creo que ahí hay, para nosotros como investigadores, un referente importante. Usted nos estaba leyendo el texto de León, estaba, digamos, captando su alma y además de situar, digamos también la ciudad en un contexto de conocimiento profundo, cuando quizá el conocimiento que tenemos la mayoría de León es un conocimiento, como de muchas ciudades, tremendamente superficial. Y para mí, precisamente es lo que más me atrae de la obra literaria, que te da unas claves, que existe este método, que aunque sean en unos casos más reales, en otros casos sean más inventadas, que sean capaces de captar el alma. Quizás a nosotros a veces nos cuesta más, cuando se está investigando sobre todo en una etapa histórica, cuando se elabora un estudio...hay determinados periodos que los textos, los documentos no te dan el alma, y, en cambio ustedes, muchas veces, se lo dan. Yo, por lo menos en las ciudades que he investigado, quizás esto es lo que más agradezco de los escritores.

(JUAN PEDRO APARICIO). ¡Naturalmente! Yo estoy cien por cien de acuerdo y además me encanta oírlo, porque, efectivamente, el escritor lo que hace es, no dotar de alma a la ciudad, pero se la fija. Entonces, en esta tertulia de la que yo hablaba, esa de "Novela Urbana", pues una editora empezó a hablar de Juan Marsé, y que había conocido Barcelona, ...Que cuando veía Barcelona, veía lo que describía Juan Marsé. Y yo creo que no es así. Yo lo que creo es que la Barcelona de Juan Marsé se ha incorporado a la Barcelona real; forman parte ya de la misma Barcelona, es decir, que el patrimonio de Barcelona ha crecido con los literatos que han escrito sobre ella, y entonces ya tiene una identidad física, perceptible, tangible, y otra identidad intangible, que sólo ve el que ha leído al autor; pero incluso, el que no lo ha leído también la percibe, porque, el que va a Oviedo, va a Oviedo y va a Vetusta, porque eso se ha incorporado al patrimonio colectivo universal. Es como los versos que dice el poeta, ¿no?, que la pretensión es que pasen al anónimo de la canción y sin saber quién fue el autor. Pues eso es lo que ocurre también con este tipo de cosas. O sea: que me encanta lo que dice.

(RUBÉN C. LOIS GONZÁLEZ. Universidad de Santiago de Compostela). Bueno, apuntar dos cosas complementarias. Decir que está aquí José Somoza, y en su tesis que presentó el año pasado sobre la ciudad de Ourense, al final de cada período que analiza, hace una referencia concreta a todos los literatos que hablan de la ciudad. Empieza con Campoamor, continúa con Xeneración Nos y Vicente Risco y dedica los últimos capítulos al Ourense que describe, desde una perspectiva muy negativa, en la posguerra, José Ángel Valente.

Un poco también en relación con el tema debatido, tenemos que decir que aparte de la literatura en castellano, nosotros en Galicia, en literatura gallega, se le da bastante importancia al tema de introducir la ciudad como referente literario, o, lo que se diría interacción entre la ciudad y el mundo rural, así el éxodo rural de los años 60, que ocupa los barrios de la ciudad. Es el caso de los barrios periféricos de A Coruña. Ya para finalizar intentaré apuntar alguna cuestión más con otros que escribieron en castellano. Yo creo que la *Saga fuga* de Torrente Ballester, que sabemos se sitúa en el Bajo Ulla o en el Bajo Miño, sería un hito de referencia para situar la ciudad, o *Fragmentos del Apocalipsis*, es una novela muy compostelana, por lo menos para los que vivimos en Santiago. A través de ellas dan otra imagen, quizá más fantástica, pero muy real de las ciudades en ese ámbito.

(ANA MARÍA OLIVERA POLL. Universidad Autónoma de Madrid). Bueno, yo solamente quería destacar que aparte de fijar el alma, fijan para mí otra cosa muy importante que es la memoria colectiva, porque en una generación, quizá en dos, se van perdiendo cosas que no pasan por tradición oral, y entonces nos permiten, si bien es verdad que de forma selectiva, porque no tratan todos los espacios, pero, de alguna manera, nos queda una foto de momentos en que no había fotografía. Entonces, eso me parece fundamental. Es una aportación que solamente personas de la sensibilidad de los literatos son capaces, primero no sólo de tomar esa actitud, sino de descubrir, de sacar, de esa alma, presentándola, y encima incluirla para siempre en la memoria colectiva.

(JOAQUÍN BOSQUE MAUREL). Es evidente que descubrir el alma de una ciudad es importante y si los literatos nos ayudan a ello, pues mejor. Sin embargo, pienso que a veces no hay que olvidar que en todo literato hay una personalidad propia que selecciona lo que le gusta y lo que quiere, con todo derecho, naturalmente, y que a veces, y esto a veces sucede con el Madrid de los años 30, te puedes encontrar con una serie de escritores muy distintos, unos que se quedaron en España después de la Guerra y otros que se fueron de España durante la Guerra o después de ella, y cada uno de ellos nos ha dejado su visión del Madrid de esos años. Y entonces resulta que pueden aparecer varias almas. Lo que pasa es que, yo por ejemplo, elegí las que quería, las mías, y dejé otras, pero pienso que no hay que olvidar que el alma de una

ciudad pertenece a un colectivo y un colectivo que puede ser socialmente muy complicado y que a veces el alma que describen ciertos autores pues es el alma de una parte del colectivo, con lo cual, es cierto que lo fundamental es descubrir el alma, pero, hay que tener cuidado en qué alma aparece, porque a veces pueden aparecer almas muy distintas.

(JOSÉ MARÍA BALCELLS). Bueno, parece que el tema “alma y ciudad” está protagonizando estos últimos minutos. Bueno, a mí se me ocurre decir que sí, que aquí hemos oído a literatos, escritores y al alma de la ciudad. Bueno, a veces creo que sería conveniente precisar un poco más. ¿Qué literatos? ¿Cualquier literato?, por ejemplo, conociendo o sin conocer la ciudad.

Antes se ha hecho referencia a Baroja y Cuenca. Bueno, yo el año pasado leí un libro de poemas publicado en la Diputación leonesa, titulado *Dublín*, que lo ha escrito una magnífica poeta toledana, Beatriz Villacañas, y efectivamente, no es necesario ser dublinés para poder captar no sólo el alma de Dublín sino incluso la “sorna” dublinesa, como ella lo ha hecho de manera tan magnífica. Pero, evidentemente, si uno es natural de la zona, pues yo creo que tiene más proximidad a esa alma o está en situación de tenerla, aunque no siempre, ¿no?. Pero muchísimas veces pues yo creo que sí. Y puestos a mencionar a Cuenca pues ahí tenemos a ese famoso boticario y grandísimo poeta como fue Federico Muelas, que retrata muy bien, digo yo, las almas de Cuenca. O ese magnífico sacerdote de Carboneras de Guadazaón, conquense que fue, don Carlos de la Rica, que tan bien captó, no solamente el alma, sino los misterios más profundos y las magias más hondas de Cuenca. O, como ya he dicho antes, el gran poeta de Priego, de Cuenca, que es Diego Jesús Jiménez, cómo ha retratado y ha captado tan bien las instancias más interiores de la Cuenca secular y actual... Bueno, y simplemente como apostilla, y ahora un poco al margen de esto, no quiero dejar de decir que Rafael Alberti, del que se podrían escribir muchos libros sobre su relación con las ciudades (recordemos *Buenos Aires en tinta china*, y tantos otros, como la Roma desde el Trastevere de *Roma, peligro para caminantes*, etc.), pero se me ocurre decir una cosa que creo que es interesante subrayar, y es cómo cuando a Alberti se le encarga un libro para conmemorar el Tercer Milenio de la fundación de la ciudad de Cádiz, ha de acudir a la Geografía, a los geógrafos, porque no tiene para evocar, para mitificar e imaginar y ficcionalizar la ciudad de la historia de la ciudad desde sus orígenes, tiene que acudir a todos los geógrafos que entonces hablaban de aquellos confines de la Península, ¿no?.

(JUAN PEDRO APARICIO). Una despedida. Yo estoy encantado de participar en este Coloquio como un elemento ajeno a la profesión y además he visto que entre los geógrafos se lee, y se leen libros realmente densos. Se ha mencionado aquí *Escuela de Mandarines*, que es un libro que el lector normalmente abandona, porque presenta unas grandes dificultades. No es un libro para nada sencillo, (hay que verle las cla-

ves), no es un poco lo que podía pensarse de la exposición que ha hecho, pero, ese tipo de libros a mí me producen una triple satisfacción, porque yo sí que quiero ahora aquí romper un cuarto a espadas a favor de ese tipo de literatura, la literatura que es la más valiosa, porque da una gratificación con un esfuerzo mayor, pero la progresión es geométrica: la gratificación que da aumenta mucho más que el esfuerzo que hay que hacer para leerlo, porque tiene ciertas claves y tiene cierto gusto escondido, y, hay que huir, yo creo, de esa otra literatura que se vende mucho y que es muy fácil y que es muy tal...de ésta de usar y tirar. Hago un canto aquí a la buena literatura representada por el libro de Espinosa que ha mencionado este profesor. Muchas gracias, y ¡hasta la próxima!